

## Un camino hasta el lugar de donde vino la Navidad

Reseña a G. K. Chesterton. *La Nueva Jerusalén*. Buenos Aires: Ágape Libros, 2008 (1<sup>o</sup> edición: 1920), pp. 365.

...cuando finalmente vi aquello que era más noble que mi destino, el más libre y el más difícil de todos mis hechos libres, fue frente a una pequeña imagen dorada y muy colorida de Ella, en el puerto de Brindisi, donde prometí lo que haría si retornaba a mi tierra. (*El Pozo y los Charcos*. Chesterton, 1935, su último libro)

*La Nueva Jerusalén* es un libro que puede ser considerado como el diario de viaje de un escritor que no sólo ha escrito porque es su vocación, sino porque fue vislumbrando un camino hacia algo superior que debía compartir con todos sus lectores. Tan generoso ha sido su recorrido literario que no podía llegar al punto de descubrir la Verdad tan buscada y anhelada, sin que supiéramos exactamente cómo estaba su mente en ese momento. De cumplir con un contrato para escribir artículos periodísticos pasó rápidamente a escribir este diario que atrapa, aún sabiendo desde un principio que, como toda obra de Chesterton, no va a ser para una única y fácil lectura. Por eso, es prudente y necesario iniciar esta reseña con una pequeña cita de quien tradujo y prologó el libro en su primera edición en castellano, Horacio Velázquez Suárez:

Cuando Chesterton visitó Palestina (1920), la abigarrada composición de los pueblos que la habitaban era radicalmente distinta: los judíos eran una muy pequeña minoría, y los cristianos griegos era muchos más que los actuales. Aún teniendo en cuenta la modificación radical que ha ocurrido en estos casi noventa años, la agudeza y profundidad de su visión de Tierra Santa, y su notable capacidad de profecía, asombran a quienes leen estas páginas. (7)

De este itinerario, compuesto por un prefacio, trece artículos y una conclusión, sólo tomaremos algunos puntos, dejando a la curiosidad del lector el resto del recorrido.

En el Prefacio, nos adelanta que él escribió un cuaderno de notas y que, sin haberlo querido así, esas notas fueron publicadas en el diario que lo contrató, a medida que eran tomadas en el lugar. Son primeras impresiones de su primer viaje a Palestina, y de allí viene un resplandor del “problema” que recorre el libro:

Palestina, donde todos reconocen al judío como alguien muy distinto del inglés o del europeo y donde su propia impopularidad me movió a defenderlos. Pero admito que fue algo así como un choque volver a una atmósfera convencional, en la que esa impopularidad es todavía negada o considerada como mera persecución [...] Hablar de los judíos siempre como los oprimidos y nunca como los opresores es simplemente absurdo (22).

En su deseo de aconsejar buenamente a su gobierno, emite su opinión afirmando que vale la pena que Inglaterra asuma riesgos para resolver el problema judío en Palestina, pero advirtiendo que no vale la pena tomar riesgos para desestabilizar el problema

árabe, dejando el problema judío sin resolver. Pero hay que tomar este prefacio sólo como una aclaración. El “problema” surgirá en toda la obra pero no impedirá que Chesterton nos incluya en el relato de lo que verdaderamente experimentó: su peregrinación a Tierra Santa.

Una de las claves del primer artículo, “El camino de la ciudades”, es la analogía entre la cruz y sus propias elecciones, que surge como una advertencia al lector para que preste atención, y tal vez también como un indicio para su empleador (quien probablemente no haya entendido cuál era la intención del escritor inglés al escribir estos ensayos). En el camino, la cruz era el signo. A cada encrucijada del camino la define como “el signo de algo verdaderamente cristiano; esa aguda combinación de libertad y limitación que llamamos elección” (28) Aplica esa elección a la cuestión del trabajo y la libertad compartiendo sus pensamientos sobre el tema: “pensé que valía la pena seguirlo desde [...] las calles de Londres hasta sus más elevados lugares en la historia” (38).

Con el sentido común que lo caracteriza, Chesterton puede describir su “propio viaje como uno a través de toda Europa salvada por la Guerra” (39). El año anterior había terminado la Gran Guerra y Chesterton puede ver el rastro del combate en todas partes; los cementerios a los lados del camino son “plantaciones de pálidas cruces que parecían sembradíos que pudieran germinar.”(39).

Cualquier otra cosa que la guerra haya sido, fue como la resistencia de algo tan sólido como la tierra – y a veces tan paciente e inerte como la tierra – contra algo tan inestable como el agua, tan débil como el agua, pero también tan fuerte como el agua, fuerte como el agua de una catarata o de una inundación. Fue la resistencia de la **forma** frente a lo **informe**; y esa imagen parecía clarificarse más y más en mi recorrido [...] lo que vi fue algo más grande y más sencillo que todos los detalles en discusión sobre la guerra y la paz. (39-40)

Lo que vio fue que la Roca prevaleció. Por eso, si bien el final de la Guerra dibuja de manera diferente los mapas, “en forma lógica o imprecisa” (40) para el autor

el antiguo plano de nuestra ciudad ha sido salvado; una ciudad al menos capaz de contener ciudadanos. Sentí esto en esas reliquias más antiguas que la guerra, que incluso la guerra dejó intactas [...] son las cosas que habían sido nuevamente rescatadas del caos, como lo fueron en Lepanto o Salamina (41).

Supo qué las había salvado “que los esplendores dispersos de la Antigüedad a duras penas podrían haber llegado hasta nosotros, para peligrar o ser rescatados, si todo ese mundo pagano no hubiera cristalizado en la Cristiandad”(41).

A partir de aquí podemos dividir la lectura de este ensayo en dos grandes temas. El primero de ellos es la descripción del Islam. Como lectores contemporáneos, tendremos que recurrir a un libro de historia para ver la relación de Inglaterra con el cercano Oriente en esos tiempos de 1920. Chesterton reclama que los “británicos” hayan olvidado su propia historia. Desde su mirada profunda de los hechos, afirma que cuando se habla de las Cruzadas, quienes las describen como “un ataque agresivo contra el Islam, parecen olvidar que [...] el Islam fue el invasor y la Cristiandad la invadida”(49).

En torno a este gran tema, también la imagen del desierto cobra fuerza, cuando llega a El Cairo. Desde allí, presenta una primera visión bastante perturbadora de este paisaje nuevo para los ojos del viajero: “es como la visión de un gigante desnudo en la distancia

[...] y como avanzando sobre los campos y jardines de la humanidad, parece ciertamente un enemigo o una larga fila de enemigos...” (50-51). Sin embargo, a continuación matiza la dureza de sus términos, agregando algo que al lector le puede parecer extraño:

la monotonía de su naturaleza se vuelve novedosa [...] y el viajero siente como si hubiera entrado en un secreto y estuviera viendo las cosas desde otro lugar. Algo de esta simplificación aparece, pienso, en las religiones del desierto, especialmente en la religión del Islam [...] explica también algo acerca de su bárbara indiferencia frente al pasado (51-52).

Igualmente no abandona su sentir de creyente invadido y por eso, señala: “podemos comenzar a entender tanto la inmensidad como la insuficiencia de ese poder que vino del desierto, la gran religión de Mahoma.” (52). Podríamos obviar la descripción del hombre del desierto, pero quitaríamos los antecedentes de las crónicas que escribirá después y nos privaríamos de lo magnífico del texto:

Tiende a simplificar demasiado y a tomar su primera verdad como la última. Y así como sucede con la religión, lo mismo sucede con la moral. El que cree en la existencia de Dios, cree en la igualdad de los hombres [...] Ha sido uno de los méritos de la fe musulmana el haber sentido a los hombres como hombres, y no haberse mostrado incapaz de darles la bienvenida a hombres de diferentes razas [...] Cuando un hombre en el desierto se encuentra con otro hombre, es realmente hombre...Es una forma absoluta y elemental, [...] Hay algo en la moral musulmana que la redime contra una montaña de crímenes: un considerable depósito de sentido común. Y el primer hecho del sentido común es el lazo común entre los hombres. (54)

Su agudeza no puede dejar pasar los detalles y, por eso, ejemplifica cómo entiende realmente el musulmán la igualdad entre los hombres, es decir, ese lazo común: “En el camino de El Cairo, uno puede ver varias [...] pinturas de la Sagrada Familia en la huida a Egipto, pero con una única diferencia, **el hombre es el que cabalga en el asno**” (56). Es decir, el Islam afirma, en la igualdad de los hombres, sólo la igualdad de los varones.

El segundo tema es su llegada a Jerusalén:

Todo el inmenso desierto se había retirado y estaba en una tierra nueva [...] me encontré gozando de un sueño nuevo y extremadamente placentero [...] por un momento sentí verdaderamente como si hubiera regresado a mi casa; o mejor dicho, a esa casa más allá del hogar de la que todos sentimos nostalgia (66).

Puede describir de una manera tan armoniosa lo que ve, como para dejar claramente expresado cómo se conjugan ambas realidades, el desierto y el jardín: “...a cada lado del camino se alineaban [...] anémonas carmesíes [...]” (67) comparables solamente con el vidrio rojo de una ventana dedicada a un mártir. “Sólo en un exagerado cuento oriental, puede uno representar a un viajero o peregrino encontrando tal jardín en un desierto; y yo pensé en el más antiguo de los cuentos y del jardín donde ocurrió...” (67, en clara referencia al relato del Génesis).

El capítulo “El camino del desierto” termina con una revelación, que resume como tres sucesos enlazados, a los que llama “accidentes”: llega a la Tierra Prometida y ve que el desierto había florecido; luego, se produce un arco iris; y finalmente, recorre el último tramo del viaje en una ambulancia de la Cruz Roja y así, bajo el signo de una cruz, entra a Jerusalén: “la ciudad que se asienta sobre una colina y no puede ser

escondida” (67-68). Se podría pensar en estos tres signos como en las tres Alianzas que Dios establece con el Pueblo Elegido (aunque sin seguir el orden cronológico): la de Abraham y la Tierra Prometida; la de Noé y el arco iris; la de Cristo y la Cruz. Así su llegada a Jerusalén se carga de signos y significados.

El resto del texto trata sobre las cuestiones políticas, religiosas y raciales que suceden en esa tierra, cuyo nombre es Palestina, al momento de la llegada del escritor inglés. En la Ciudad Santa, cada parte de la muralla, cada puerta, cada edificio da lugar a que él escriba una historia donde siempre aparecen los personajes del inicio, sus invasores, sus defensores, la actualidad y el futuro. Descripta como dividida en estratos horizontales, la Ciudad contiene toda la historia de la humanidad. Las fronteras no corren entre Estados sino entre esas capas de estrato: cananitas, sobre ellos los judíos, luego los griegos, “el musulmán no se ubicó junto al cristiano sino sobre el cristiano.”(143).

Tomando esta última cita solamente, toda la impresión que recibe como viajero que por primera vez llega a este lugar, es explicada completando o complementando lo ya descrito. Entonces, centrándonos sólo en musulmanes y cristianos, nos dice que los primeros son “ahistóricos”, incluso “prehistóricos”. Ya en capítulos anteriores nos indicó que el Islam no mira al pasado, que es indiferente al pasado y no como cualidad. Sin embargo la cristiandad de Jerusalén es altamente histórica y no puede ser comprendida sin imaginación histórica: “se trata de esa historia viva que llamamos Tradición.”(145). Entonces, la realidad que lo rodea golpea su mente, sus pensamientos y comienza a comprender esa realidad hacia el futuro, comprende que es el peso que Palestina lleva, escucha en su cabeza sentencias en forma de proverbios pesimistas: “no hay lugar para la nación de los judíos sino en la tierra de los árabes” (164). Descriptas como voces misteriosas, como susurros, no como conclusiones intelectuales, quiere escapar del lugar. Había recibido el presagio: “Porque dos voces se habían encontrado en mis oídos; y dentro del mismo espacio estrecho y a la misma hora oscura, eléctrica y sin embargo eclipsada por nubes, pude oír al Islam gritando desde la torre y a Israel llorando junto al muro”(164)

...aquí, en esta tierra legendaria entre Asia y Europa, pudo perfectamente suceder cualquier cosa que haya pasado en realidad. Sólo a través de esta puerta oriental pudo entrar lo que hizo y transformó al mundo. Cualquier otra cosa que esta angosta franja pueda además parecer, aparece, al espíritu y a los sentidos, como el puente que puede haber cruzado a través de arcaicos abismos el misterio y la carga del hombre (195).

Esta referencia perfecta a Tierra Santa, desde la Creación a la Redención, cierra y completa todo lo que Chesterton previó y logró encontrar en su viaje.

A modo de conclusión y dejando la puerta abierta para recorrer este itinerario espiritual, podemos dejar que el autor nos eleve desde los más bajos lugares geográficos hasta el cielo, desde el mal y el pecado a la Misericordia y la Redención, cuando describe la ladera que termina en el Mar Muerto y en cuyo paisaje descubre “como una lepra” (232) en tonalidades grises desgastadas, donde hasta la vegetación es como un verde que parece plaga, en consonancia con lo que ese Mar representa:

Es el lugar donde la tradición ubica a la tragedia de la poderosa perversión de la imaginación humana: [...] cosas horribles no por lo distantes sino porque están cerca nuestro; en todos los cerebros[...] hay enterradas cosas tan malas como cualquiera de las que yacen bajo ese amargo mar, y si Él no vino a combatir con ellas, aún en la oscuridad del cerebro del hombre, no sé por qué otra razón pudo venir [...] Cuando más

ciertamente podamos ver la vida como un cuento de hadas, más claramente el cuento se resuelve en una guerra con el Dragón que está devastando el mundo de las hadas.(232)

Así, en su misma búsqueda de la Verdad, encuentra en esta tierra todos los vestigios y realidades del mal, en ese paisaje geográfico de abismo al que había bajado

está desparramado y destrozado todo el imperio del mal, Sodoma como Satán yacía extendida sobre el piso del mundo y muy lejos, en las alturas, borrosa por la altura y la distancia, pequeña pero todavía visible, se alzaba la aguja de la Ascensión, como la espada del Arcángel, levantada en saludo después de un golpe.(233)

Esta cita pone de manifiesto el triunfo de la Nueva Jerusalén, la Jerusalén Celestial, luego del horror del mal, pero como esta publicación va a llegar a los lectores en Tiempo de Navidad, vale la pena terminar haciendo referencia al título que, por cierto, está inspirado en palabras del autor en el primer capítulo. Chesterton llega al lugar de donde nos vino la Navidad. En Belén nos relata cómo prevaleció, a través de los siglos, la cueva santa donde la Tradición dice que nació el Señor. Comprendemos que la invasión persa no la destruyó en el tiempo en que destruyeron Jerusalén, porque sobre su entrada estaban las figuras de tres reyes con ropajes persas. Comprendemos que los turcos no entraron porque la puerta es baja, muy baja y estrecha, no puede entrar un hombre en un camello o en un caballo. Y comprendemos más aún que Constantino hiciera construir las columnas rojas como el tributo imperial al Rey, en la humanidad del hijo del carpintero (Cfr. 249-250).

Como retomando una figura anterior, el autor nos dice que, en 1920, “Belén era una isla de la cristiandad en el mar del Islam” (280). Nuevamente el agua contra la Roca, que prevalece.

**Lic. Ana María Feuillassier**